

El Ateneo de la Juventud: una *episteme* barroquizante

ARCELIA LARA COVARRUBIAS

Recibido: 24-07-2012, aprobado: 04-10-2012



Del momento en que se fundó la Universidad Nacional Autónoma de México al día de hoy, ha pasado mucha agua bajo el puente. Varios de los actores de la UNAM fueron miembros del Ateneo de la Juventud, alumnos de Justo Sierra. El plan educativo o *episteme* de este grupo era claro y, desde esta perspectiva, el conocimiento adquirió una orientación crítica y vital; se trataba de promover saberes, entendidos en el sentido griego, como un conocimiento capaz de estructurar la práctica. El ideal de la propuesta ateneísta promueve un humanismo ilustrado, esto es, el estudio comienza por las humanidades. En las líneas siguientes se habla del origen del Ateneo de la Juventud y se lo caracteriza como una corriente epistemológica, con un programa cuya vigencia se deja sentir en el quehacer de la vida universitaria.

El Ateneo de la Juventud fundó una nueva episteme: un nuevo modo de percibir, agrupar y definir el saber, y asumió las relaciones con el capitalismo de una manera barroquizante. Su revolución se dio en el pensamiento, y su manera de reaccionar fue parecida al ethos barroco. La belleza fue el concepto principal en su programa civilizador; establecieron un diálogo con el Occidente antiguo y el moderno, con las humanidades a la cabeza. Renovaron el mundo clásico y se renovaron, y el producto intelectual fue el ensayo.

Palabras clave: episteme, ethos barroco, capitalismo, conservadurismo, inconformidad, belleza, Antigüedad clásica, humanidades, ensayo.

The Ateneo de la Juventud founded a new episteme—a new way of perceiving, classifying, and defining knowledge. It developed the interplay with capitalism in a ‘baroque’ way. Their revolution took place in works of thought. Its way of reaction was similar to a baroque ethos. Beauty became the principal concept in their civilizing program. They dialogued with the ancient and modern West, and placed humanities in the forefront. They renewed the classical world, and renewed themselves, the intellectual product being the essay.

Keywords: episteme, baroque ethos, capitalism, conservatism, non-conformism, beauty, classical antiquity, humanities, essay.

En el inicio del siglo xx, a la par de algunos asomos de la Revolución, en México comenzó a gestarse un movimiento cultural con un grupo de jóvenes llamado posteriormente Ateneo de la Juventud, entre los que se encontraban Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Mariano Silva y Aceves, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón y Ricardo Gómez Robelo.

Hacia 1905 este grupo comenzó a reunirse en casa de Antonio Caso, quien, al igual que Pedro Henríquez Ureña, era considerado maestro de la generación. Aquellas reuniones en la biblioteca de Caso eran presididas por un busto de Goethe que hacía de perchero; así, abrumado por paraguas, sacos y sombreros, la mirada de piedra del romántico alemán escuchaba las discusiones teóricas de aquellos muchachos que no pasaban de 25 años. A los integrantes iniciales del Ateneo de la Juventud pronto se les unieron Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, hombres no tan jóvenes que fueron adoptados como los hermanos mayores. González Martínez y Urbina figuraron entre las filas del modernismo, pero, considerando que este movimiento estaba en decadencia y exhalaba sus últimos suspiros, sintieron la necesidad de renovarse. Fue proyecto de estos dos poetas fundar una publicación en la que se difundieran las nuevas ideas. En 1906 comenzó a circular la revista *Savia moderna*, que, aunque el nombre remite al modernismo, proponían una estética nueva. La concepción ateneísta de la belleza, del arte y de la poesía no era la que éstos habían acuñado. El Ateneo se encargó de resignificar cada uno de estos términos y de dar sentido y orientación específica a la estética. En ese mismo año, se estableció un nexo con artistas plásticos; se organizaron, primero, exposiciones de pintura con obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera, y, luego, con cuadros de Gerardo Murillo, el “doctor Atl”.

En 1907 el Ateneo de la Juventud se manifiesta en memoria del poeta Gutiérrez Nájera. Aquel proyecto del arte nuevo adoptó la forma de protesta cuando un modernista trasnochado se lanzó contra el arte libre. En 1910, estos jóvenes, abogados de profesión, organizaron en la Escuela de Derecho una serie de conferencias sobre asuntos latinoamericanos: sobre educadores de las Antillas y de México, poesía mexicana y latinoamericana, publicaciones literarias en países hispanohablantes, etcétera. Además del centenario de la Independencia y de los recientes acontecimientos revolucionarios,

este año fue fundamental para la educación mexicana: se fundó la Universidad Nacional. Justo Sierra, maestro de aulas o de pasillos de los ateneístas y secretario de educación en ese momento, es el autor del proyecto universitario. Dice José Luis Martínez:

En el mismo año del centenario de la Independencia, Justo Sierra funda la Universidad Nacional y organiza, dentro de ella, la Escuela de Altos Estudios. En su magno discurso de inauguración, el maestro Sierra fija no sólo la empresa que toca a aquella institución sino la empresa cultural del México que entonces nace. Ya iniciada la Revolución, todavía se mantiene por algunos años la actividad de los ateneístas a pesar de que su dispersión se ha iniciado. Caso comienza sus brillantes cursos filosóficos en la Universidad; González Martínez, Henríquez Ureña y Reyes enseñan literatura en la Escuela de Altos Estudios, y en 1912 los que aún quedan en México, y nuevos aliados, fundan la Universidad Popular.¹

A partir de este momento, puede hablarse con plena certeza de un grupo intelectual, que, antes de esta fecha, era sólo un puñado de abogados recién egresados con inquietudes, influencias y proyecto similares. Sus lecturas y sus obras responden a la urgencia de renovación intelectual. El programa del Ateneo de la Juventud representa un movimiento tan importante como las luchas sociales y políticas de la época; de ahí que Margarita Vera Cuspinera hable de la labor de este grupo orientada más a la crítica a las representaciones del mundo porfiriano² que al dictador. Por sus ideas, sus prácticas culturales y su discurso, el Ateneo inaugura una *episteme*, la propia de la modernidad en el México de esa época.

Más que por un conocimiento determinado, lo que caracteriza a una *episteme* es la conexión del sujeto con el saber; esta relación estructural entre uno y otro determina los campos de circulación de los saberes y “los modos como los objetos son percibidos, agrupados y definidos”.³ El Ateneo de

la Juventud no es un grupo que apriorísticamente tenga un programa; lo que los unificó fue una serie de coincidencias teóricas y prácticas intelectuales. Una *episteme* se distingue de otras, más que en los objetos de estudio que privilegia, en la mirada que lanza sobre ellos: las nuevas preguntas que se formula; el repertorio cultural que sustenta las propuestas teóricas; el modo de asumirlas y conformarlas como archivo de referencia; la constitución conceptual y enunciativa del discurso, y las prácticas intelectuales y lingüísticas que derivan del campo discursivo creado por la *episteme* en cuestión.

Por otra parte, todo movimiento cultural de la modernidad encuentra su determinación en el modo de asumir las relaciones entre la vida y el capitalismo. Las diferentes maneras de reaccionar que tiene la sociedad se forman como *ethos* e indican conductas orientadas al sistema de producción. Para Bolívar Echeverría, las posibilidades que abre el capitalismo se caracterizan en cuatro *ethos* diferenciados: realista, romántico, clásico y barroco.⁴ Más que épocas de la historia de la cultura, los cuatro *ethos* corresponden a formas de ser moderno y aseguran un comportamiento específico ante la manera de valorar el mundo de la existencia humana frente al mundo capitalista. El *ethos* barroco se caracteriza por su necesidad de ir más allá del sistema económico; lo reconoce como hecho social (como el realista), pero no lo acepta (como el romántico); afirma la vida en el seno del capitalismo sólo para reinventarla, para re-formarla; las cosas, desde la mirada barroquizante, aparecen como diferentes. El barroco revive la contradicción generada para darle nueva forma.⁵

Más que un *ethos* barroco, el Ateneo de la Juventud constituye una *episteme* barroquizante. Hablar de un *ethos* implica una perspectiva en la que el hecho económico (el capitalismo en cualquiera de sus fases) antecede a las prácticas so-

ciales y, como resultado de éstas, se presenta una manera específica de afrontar el conocimiento. Una *episteme*, por el contrario, delimita su campo de presencia dentro del contexto histórico en el que surge; es ella la que dicta la relación del sujeto con la historia. De ahí que se prefiera caracterizar el Ateneo de la Juventud más como una *episteme* que como un *ethos*, esto es, como un movimiento teórico cuya revolución está planteada, en primera instancia y de manera fundamental, en las obras del pensamiento. Ahora bien, la manera de reaccionar del ateneísmo se ajusta, en gran medida, a las características del *ethos* barroco.

Ante los hechos de la Revolución Mexicana, por ejemplo, el Ateneo de la Juventud se manifiesta renuente, no toma partido explícito, o bien los distintos miembros adoptan diferentes posiciones. No fue la uniformidad política lo que caracterizó a esta generación; lejos de un programa revolucionario, el grupo más bien se distinguió por su apoliticidad, que es también otra manera de posicionarse en el momento histórico. Más que una “manifestación armada”, el Ateneo de la Juventud fomenta una “manifestación razonada”, el alcance y uso de la razón es su arma para proponer una forma de la modernidad, entendida ésta, de acuerdo con Bolívar Echeverría, como “proyecto civilizatorio”.⁶ En la asunción de esta manera de ser modernos, los ateneístas construyeron un plan de renovación social que comenzó por dar batalla en el terreno del pensamiento. La abstinencia en la participación política es un rasgo conservador que acepta pasivamente los movimientos revolucionarios; en el plano cultural, sin embargo, vuelve a aparecer la revolución, pero re-formada en su vertiente intelectual. Esta contradicción elevada a otro plano indica la inserción del Ateneo de la Juventud en el *ethos* barroco, que, en palabras de Bolívar Echeverría, consiste en la “combinación conflictiva de conservadurismo e inconformidad,

respecto al ser y al mismo tiempo conato nadicificante, el comportamiento barroco encierra una reafirmación del fundamento de toda la conciencia del mundo, pero una reafirmación que, paradójicamente, al cumplirse, se descubre fundante de ese fundamento, es decir, fundada, y sin embargo confirmada en su propia consistencia”.⁷ Si en las prácticas políticas el recuento sociohistórico los identifica como conservadores, en el terreno intelectual aparecen como una generación que revoluciona los esquemas mentales de sus antecesores, como fundadores de una nueva *episteme*.

Culturalmente, el Ateneo se diferencia del positivismo y del modernismo. La importación de la filosofía comtiana a México fue la manera en que el juarismo luchó por dar orden y promover la paz al pueblo mexicano, atrapado durante muchos años en una cadena de guerras intestinas. Ante el trastorno y la confusión derivados de las continuas luchas, el positivismo trazó su triple horizonte: libertad, orden y progreso. El apoyo fundamental para restaurar la paz y promover el desarrollo económico del país germinaría con el impulso de la ciencia. Para Gabino Barreda, el positivismo habría de aprender “las grandes lecciones sociales que deben ofrecer a todos esas dolorosas colisiones de la anarquía, que reina actualmente en los espíritus y en las ideas, provoca por todas partes, y que no puede cesar hasta que una doctrina verdaderamente universal reúna todas las inteligencias en una síntesis común”.⁸ La ciencia combatiría la superstición y unificaría el espíritu, según el plan de la Reforma, de ahí que era importante promover tres grandes banderas “emancipación científica, emancipación religiosa, emancipación política”.⁹ La libertad sería, desde esta perspectiva, un liberarse del fanatismo de la fe y de la mentalidad mágica. Al recurso de autoridad –religiosa, política e intelectual– habría de oponerle la demostración.

El proyecto educativo del positivismo se concretó en la Escuela Nacional Preparatoria, donde las ciencias naturales, debidamente diferenciadas, promovieron el ideal de progreso. Aunque en su inicio se buscó cierta unidad orgánica en la formación de los alumnos, el atomismo del estudio de las ciencias derivó hacia una visión distorsionada de las ciencias sociales, en el intento de explicar los hechos humanos desde la misma perspectiva de los naturales. El evolucionismo actuó como explicación global de la economía, de la historia y de la política. No se trataba sólo de una trasposición discursiva; la subcodificación del discurso científico implicaba que la sociedad fungía como un organismo que, al igual que los entes biológicos, estaba determinado por leyes naturales. Respecto de los conceptos usados por algunos positivistas, Pedro Henríquez Ureña observa el “uso negligente o arbitrario de los términos metafísica, filosofía, ciencia”.¹⁰ En el enfoque positivista, la audacia metafórica de establecer sinonimia entre evolución biológica y progreso económico y social se enfocó, en un primer momento, en la idea de la industrialización del país. Con el tiempo, las ideas de renovación social devinieron ideología de Estado; la falta de crítica impidió a muchos positivistas apreciar la decadencia del sistema porfirista. El positivismo milita y afirma los procedimientos del capitalismo, así como subordina las prácticas políticas a un ideal de progreso económico. El cientismo positivista fue paulatinamente desterrando su origen filosófico; así, la pretensión de alcanzar la unidad del espíritu quedó en mero proyecto.

Al empeño unificador depositado en la ciencia, el Ateneo de la Juventud le opuso la filosofía, y al ideal de progreso, el de belleza. La mudanza de objetos de estudio, así como el cambio en el apoyo teórico, indicaron la renovación epistemológica que se estaba gestando. El México porfirista era, para Antonio Caso, la representación del mundo

como economía. Los ateneístas se propusieron superar el lado egoísta del economismo y ampliar su horizonte hacia el desinterés y la caridad. Dice Caso: “Aprendamos en buena hora y enseñemos en nuestras escuelas el mejor aprovechamiento de la existencia; pero recordemos constantemente a la juventud que hay algo superior a la existencia como economía y es la existencia como desinterés y como caridad.”¹¹ Sólo la belleza escapa al afán utilitario del mundo. El arte representa un excedente de productividad; aparece como “inútil, superfluo, algo así como un gran juego para el que lo mira con criterio biológico”,¹² dice Abelardo Villegas. Cuando el hombre intenta aprehender el mundo desde su expresión económica, éste se le escapa exhibiendo sólo su imagen biológica; si deja de lado el valor de uso de los entes, en cambio, éstos muestran su ser más auténtico. Apunta Villegas en su interpretación de Caso: “Y de aquí surge una nueva paradoja, pues siendo esta identificación con las cosas mismas, ‘divina complicidad’, el hombre que intuitivamente descubre la esencia de la vida biológica a la vez que está identificado, que es cómplice de ella, no está efectuando un acto egoísta, está fuera de la corriente vital”.¹³ La contemplación de la belleza es desinteresada y sólo gracias a la mediación artística el hombre se conecta con un mundo esencial que escapa al valor de uso de los entes.

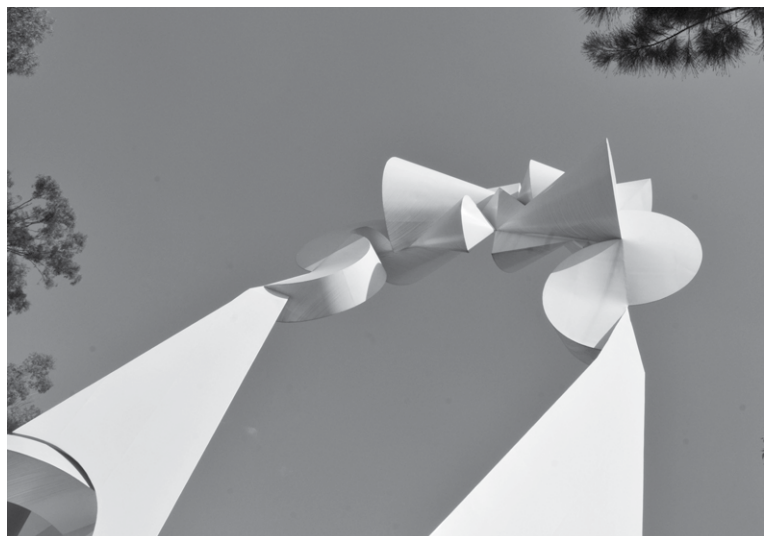
El Ateneo de la Juventud enfocó reflexivamente la belleza; en este caso, la distancia epistemológica no radica en la discrepancia del objeto de interés, sino en la mirada con la que se capta el motivo de estudio y consideración teórica. El esteticismo ateneísta no es sólo un programa de creación artística; es esto, ciertamente, y además el centro del campo de presencia de una nueva *episteme*. Si la belleza modernista significaba un sensualismo producido por la acumulación del capital —esto es, el embellecimiento de lo ya dado por el proceso de moderni-

zación del capitalismo—, para el Ateneo, la belleza escapa al valor de uso establecido utilitariamente: el arte como desinterés, según el planteamiento de Antonio Caso, implica una conexión con el núcleo ontológico de las cosas; así, se explica que “toda ontología filosófica principia en la estética”.¹⁴ El ser más auténtico de las cosas se revela en la experiencia de la belleza. Esta perspectiva capaz de organizar y dar coherencia a un discurso teórico complejo es la mirada que supone un cambio epistemológico radical de los ateneístas frente al modernismo. La reflexión estética constela todo planteamiento filosófico, ya ético, ya epistemológico; la belleza es el concepto estructurante que aglutina y ordena el programa civilizador de los jóvenes de la generación del Centenario.

Lugar preponderante ocupa el discurso greco-latino en el archivo en el que se apoya el Ateneo, que comenzó su recorrido filosófico por el principio occidental como origen de una reflexividad teórica. Por el momento en que se reunían en el taller de Jesús T. Acevedo, los jóvenes de esta generación organizaron una lectura de *El banquete* con un reparto de personajes. El gesto resulta elocuente en la medida en que rubrica el carácter estético y su conexión con el archivo clásico. Esta efectiva *mise-en-scène* del diálogo platónico dramatiza el origen del pensamiento. “La teatralidad esencial del barroco —dice Bolívar Echeverría— tiene su secreto en la doble necesidad de poner a prueba y al mismo tiempo revitalizar la validez del canon clásico.”¹⁵ Más allá del histrionismo, el poner a prueba admite, por un lado, transitar las posibilidades de una racionalidad y, por otro, ensayar el alcance teórico en un

movimiento que establece los límites y, a la vez, los mueve. La lectura que el Ateneo hace de los clásicos hace y vuelve a hacer los mismos planteamientos teóricos, hasta llegar a “hacer decir”; el mundo griego no es para este grupo de artistas y pensadores una referencia —como sí lo fue quizá para el modernismo— sino un intercambio intertextual. La intervención de los ateneístas en el archivo griego promueve un doble giro: el del texto original (el clásico) y el del propio. Las preguntas planteadas por los primeros filósofos de Occidente se actualizan; esto es, se revive la problematización teórica, y tras este diálogo, el discurso clásico da más de sí, dice más de lo que originalmente decía. Los conceptos, las ideas y las preguntas de aquellos textos entran cada vez en nuevos juegos de relaciones; así, queda resignificado el mundo clásico, el barroquismo ateneísta “lo desquicia sin anularlo”.¹⁶ A la vez que los textos griegos han ensanchado su campo de significación, en esta intermediación surge un modo de ser del discurso del Ateneo que implica un reflejo, bien que con variaciones, de las fuentes.

En los *ethos* barrocos, como en el Renacimiento, volver al origen “es una estrategia práctica de



construcción de una identidad artificial mediante el paso a través de una mimesis, con intención autoeducativa, de una identidad clásica”.¹⁷ La insistencia en las preguntas por el ser de las cosas es una manera de revivir el origen: los hallazgos de los textos griegos no cancelan la reflexividad, sino que son la perpetua apertura hacia ella. El Ateneo revive el discurso clásico, y este revivir no implica sólo resucitar, sino dar vida nueva, renovar y, en la misma medida, renovarse.

No fue el griego el único archivo revisado y reformulado por el Ateneo de la Juventud: la cultura europea moderna y contemporánea también nutrió sus prácticas reflexivas y su discurso. Los campos privilegiados fueron la literatura y la filosofía, con énfasis particular en el pensamiento romántico alemán. El amplio registro que alcanza el archivo cultural al que acude el Ateneo de la Juventud se alarga hacia el pasado clásico y se ensancha en lo más actual. La mirada tendida hacia la Antigüedad implicaba un camino ya muchas veces recorrido por otras generaciones; la consideración de la nueva agenda literaria y filosófica, en cambio, significaba la inauguración de nuevas ideas y formas artísticas novedosas: “se oían casi por primera vez en América nombres como los de Nietzsche, Ibsen, Bergson, Bernard Shaw, Windelband, William James, y muchos otros que comenzaban a revelarse en la misma Europa”,¹⁸ dice Félix Lizaso. En México el archivo occidental llegaba sin retraso; el Ateneo se acercaba a obras de actualidad que, en ese mismo momento, se leían en los países europeos; esto es, México participaba en “el banquete de la civilización”.¹⁹

Pedro Hernández Ureña, el Sócrates del grupo, promovió entre sus compañeros un trato particular a las teorías que les llegaban, trato que fue similar tanto para los autores modernos como para los clásicos; los leían críticamente y activaban las propuestas teóricas, así que no hubo adop-

ción de doctrinas sino revisión y puesta a prueba. Alfonso Reyes caracteriza a los miembros de su generación como “ensayistas, filósofos y humanistas autodidactas”, que se distinguían por “la exacerbación crítica”.²⁰ En las obras del Ateneo aparecen, integradas, la filosofía clásica y la moderna. La difusión de las nuevas ideas está mediada por el discurso ateneísta; se trata, en este sentido, de un mestizaje cultural que es, para Bolívar Echeverría, una actitud barroca de evaluación de la cultura: no aceptar acríticamente las ideas ya antes desarrolladas, sino recibirlas bajo la sospecha de que pueden adquirir nuevos significados porque no está dicha la última palabra. En esta línea de ideas, Ignacio Sánchez Prado reconoce que, más que el rescate y la conservación de la riqueza cultural, en Alfonso Reyes –aunque puede aplicársele al grupo en general– importa “su actualización por la vía de un proyecto intelectual”.²¹ Como el humanismo renacentista y el posterior, el Ateneo estimaba que todo saber debía considerarse, evaluarse e integrarse a la civilización intelectual. Frecuentemente se manifestaron contra la imitación europea; antes bien promovieron el “bovarismo”,²² término empleado por Antonio Caso para hablar del la subjetivación del conocimiento, como una apropiación o interiorización de cada uno de los objetos de estudio.

Gracias a la formación filosófica, el Ateneo logra transitar de la estética, con su ideal de belleza captada intuitivamente –influencia bergsoniana–, a la noción de una cultura universal, obra del espíritu teórico unificador. La teoría representó la capacidad de renovación: desde el mestizaje cultural, los ateneístas establecieron un diálogo cosmopolita con el Occidente antiguo y el moderno; del mundo clásico, y muy propio de su comportamiento barroquizante, extrajeron la lección de lo “universal concreto”,²³ esto es, el complejo reflexivo a partir del que se funda una racionalidad; de la filosofía

europea, especialmente del romanticismo alemán, retomaron el ejercicio crítico del pensamiento. La mediación discursiva de los ateneístas los lleva a la universalidad del conocimiento o, de otro modo, al conocimiento universal; si la experiencia de los clásicos les deja lo universal concreto, el diálogo con la modernidad occidental los incita a plantearse lo universal indeterminado. La estética se vuelve ontología, como quería Antonio Caso.

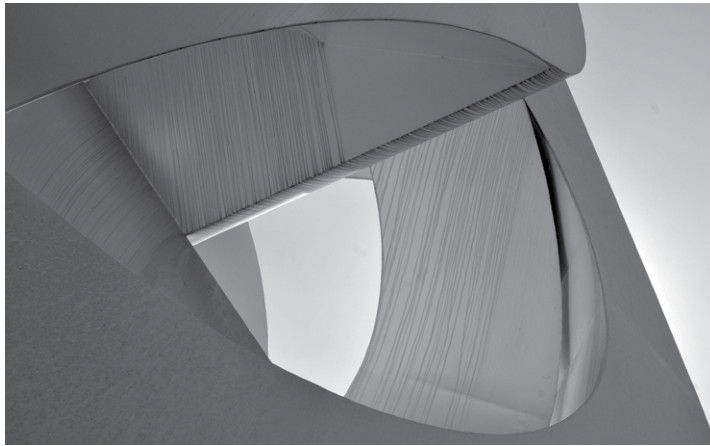
Si en un primer momento el tránsito teórico llevó al Ateneo de la Juventud de lo subjetivo de la experiencia de la belleza artística a lo universal, en un segundo momento regresaron a lo particular y se sintieron impelidos por la necesidad de fundar teóricamente la realidad o, para decirlo hegelianamente, por la necesidad de que la existencia alcanzase realidad con la intervención de la racionalidad. No es casual que, décadas después, luego de llegar a las altas esferas de la universalidad, se preguntaran por el ser del mexicano. Lo mexicano no es, en sí mismo, un tema filosófico, pero su tratamiento, en la pluma de estos pensadores, adquiere importancia teórica; no ceden a la tentación del color local, ya explorado por la novela costumbrista, naturalista o realista, y muy en boga en el discurso de la celebración del Centenario de la Independencia. Más que dar por hecho que hay un “ser mexicano” se cuestionan sobre la pretendida unidad del concepto, sobre los vectores teóricos en los que puede plantarse su estudio, sobre la manera en que el tiempo arrastra a ese “ser mexicano” y, finalmente, sobre cómo se inserta el conocimiento de lo mexicano en el conocimiento universal.

En principio, es difícil establecer “lo mexicano” como una abstracción. México no es uno sino muchos: no puede decirse que México sea igual a sí mismo para un mexicano o para otro. El trabajo de estos intelectuales, entonces, elaboró un repaso de las distintas mexicanidades, tratando de buscar

la nota en común que les da el ser, e indicando las líneas que lo conforman y los espacios en los que la multiplicidad se transfigura en comunidad. Para el Ateneo de la Juventud ser mexicano no fue una denominación de origen, sino, sobre todo y fundamentalmente, implicaba conocerse, identificarse, tomar distancia desde otras culturas, autocriticarse y hacer un proyecto en el que teoría y práctica, filosofía y existencia estuvieran plenamente identificadas. O, como dice Antonio Caso:

Idealistas que os empeñáis en la salvación de la República, volved los ojos al suelo de México, a los recursos de México, a nuestras costumbres y nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y nuestros anhelos, a lo que somos en verdad. Sólo así nos conduciréis a un estado mejor y nos redimiréis de nuestro infortunio. Para salvarse precisa ante todo saber. El ensueño más puro es nomás quimérico, si no afianza en “la santa realidad” y con ella se integra. Quien quiera volar ha de tener “alas y plomo” como decía Bacon, ha de ser respetuoso y osado, “valiente y cortés”, como reza el proloquio castellano. Sin aspirar a algo mejor se retrocede sin remedio; pero sin saber con precisión a donde va, se fracasa, sin duda. “Alas y plomo”; tal ha de ser el lema de nuestra redención ambicionada. La gravedad de la materia pondera la intrepidez del pensamiento. México: Alas y Plomo...²⁴

El tema de lo mexicano, para los ateneístas, oscila de lo universal a lo regional. Las alas están conformadas por el conocimiento del archivo de Occidente, y el plomo, por el arraigo a la tierra. Al estudiar a México y lo mexicano, estos intelectuales no cayeron en el vicio del autoelogio ni en el nacionalismo. En el momento en el que se plantea el discurso sobre la mexicanidad, la actitud de los ateneístas desplaza el planteamiento hacia un mundo cultural más amplio; es, dice Sánchez Prado, una manera de discutir a profundidad “el eje nación-raza-soberanía”²⁵ del discurso nacionalista. El archivo occidental hace tierra en el discurso sobre México en un nuevo mestizaje cultu-



ral. El análisis que el Ateneo hizo de lo mexicano no se encierra en la circularidad del tema mismo, dice algo de cómo estos autores ven el quehacer filosófico, habla de la importancia de ligar filosofía y acción, de devolver al pueblo que inspira el estudio una mirada reflexiva y propositiva sobre los destinos nacionales. Los ateneístas fundaron un pensamiento, y, más que eso, un pensar, una forma de verse desde dentro y en perspectiva. De Alfonso Reyes, dice Víctor Díaz Arciniega que seguía un principio que puede enunciarse de la siguiente manera: “miremos hacia el horizonte de todas las lenguas, historias y hombres para educar nuestro espíritu y fortalecer nuestra experiencia, mas no por ello dejemos de mirar nuestras propias raíces; los nutrientes vienen del aire y del suelo y los hacemos nuestros en la palabra”.²⁶ Este principio fue asumido por el Ateneo de la Juventud y, aún más, adquirió carácter moral. Al respecto, apunta Samuel Ramos: “Dentro de la variedad de objetos que a cada uno se dedicaba, había en la actividad de todos una intención común: *la moralización*. Esto equivale a decir que se trataba de levantar por todos lados la calidad espiritual del mexicano.”²⁷

Antonio Caso recomienda las alas, la cultura universal, pero también el plomo, el reconocimiento y, sobre todo, la promoción del cambio, de la tierra. El Ateneo de la Juventud ancla sus in-

quietudes teóricas en la tarea educativa; la moralización de la que habla Ramos capaz de unificar diversas inquietudes es el *epistemologismo*, otro rasgo del *ethos* barroco, como puede verse en las siguientes palabras de Bolívar Echeverría:

Podría llamarse *epistemologismo* al modo en que el humanismo de la civilización moderna se hace presente en el terreno del discurso filosófico. Presupuesto en la vida moderna y en la construcción que ésta hace de su mundo como “sujeto pri-

mero y auténtico”, como “fundamento sobre el que todo se constituye”, el Hombre se afirma frente a lo convertido en Naturaleza, en algo que está ahí sólo en la medida en que responde al reto de su actividad apropiativa. Reto técnico que alcanza su mayor pureza en la ciencia experimental, en el discurso que propone representaciones cuantificables de lo desconocido, es decir, imágenes cuya capacidad de hacerse de las cosas al representarlas –y de provocar por tanto la seguridad y certeza en el autor de su formulación– puede ser puesta a prueba y medida como lo es la productividad de un instrumento de trabajo.²⁸

La universalidad exigía no sólo que la alcanzara un grupo de jóvenes ilustrados, sino ser divulgada masivamente. Así surge el proyecto educativo del Ateneo en la Escuela de Altos Estudios, la Universidad Popular. En 1910 Justo Sierra inauguró la Universidad Nacional de México, y, aunque figuró en las filas del positivismo, tuvo una visión más avanzada que no se limitó al cientificismo; así, en las tareas de la Universidad, aunque destacó la importancia de la formación científica, el propósito se matizó de racionalismo. Josu Landa las resume en los siguientes tres aspectos:

1. El reconocimiento de un papel considerable de lo espiritual en la vida educativa.
2. La reivindicación explícita de un vínculo entre la ciencia y la formación moral del hombre.

El carácter nacional de la producción científica (sin menoscabo de su índole universal).²⁹

Muchos de los ateneístas, profesores de la Escuela de Altos Estudios, participaron del proyecto universitario. Desde un principio, el Ateneo de la Juventud entendió que su labor educativa, además de divulgar masivamente el conocimiento, debía esmerarse en cuanto al archivo que se pondría a disposición del pueblo mexicano.

En el proyecto ateneísta destacaba su atención a las humanidades con énfasis en la cultura universal, que fortalecería una identidad mexicana de los jóvenes universitarios pareja a la de otras naciones. En 1930 Alfonso Reyes escribió: “La lectura de Virgilio es fermento para la noción de la patria, y a la vez que modela su ancho contorno, lo llena con el contenido de las ciudades y los campos, la guerra y la agricultura, las dulzuras de la vida privada y los generosos entusiasmos de la plaza pública, dando así una fuerte arquitectura interior al que se ha educado en esta poesía.”³⁰ La educación tendría que rendir su fruto en la transformación de los hombres y de la nación; así, el humanismo no sería simple acopio de todo tipo de conocimientos, sino que promovería un cambio socioeconómico importante. Para Alfonso Reyes del cultivo del pensamiento universal se derivaría el cosmopolitismo unificador de los pueblos americanos que, en la lectura de Evodio Escalante a la *Atenea política*, es equiparable al ideal socialista: “una liquidación del mundo capitalista, el cual sería sustituido simple y llanamente por el mundo del trabajo”.³¹

Es el proyecto educativo, con las humanidades a la cabeza, lo que indica el matiz fuertemente epistémico del Ateneo de la Juventud y su discontinuidad, más que ruptura, con la concepción intelectual positivista y con el estetismo meramente artístico de los modernistas. Más que artistas —aunque también lo fueron, y muy buenos—, los ateneístas se demarcan como una *episteme*. Su

principal aportación al campo de la literatura se encuentra en la producción ensayística, género o función poco cultivados con anterioridad en Hispanoamérica. En este sentido, también literariamente su actitud es barroca, bien que no se corresponda con lo que se entiende por este término en la historia literaria (el movimiento artístico europeo de los siglos XVI y XVII). Más que arte barroco propiamente, el Ateneo de la Juventud cultivó una forma artística con actitudes barroquizantes frente a la modernidad.

Si no la cualidad más importante del barroco, sí al menos la más visible, es la voluntad formal. El trabajo con la forma, sin embargo, no es un rasgo exclusivo del barroco, sino que es la manera de constituirse del arte en general. Lo singular del barroco es la actualización del canon clásico, que es, más que los márgenes que limitan la producción artística, un principio de creación. El Ateneo de la Juventud dota de una forma al discurso grecolatino, y el producto intelectual de la revisión teórica del mundo clásico es el ensayo. Entre la crónica de la centuria anterior y el tratado filosófico, el ensayo se erige como una nueva manifestación expresiva. La cultura mexicana germinada a principios del siglo xx, advierte, por un lado, los síntomas del decadentismo finisecular, y, por otro, se manifiesta como anuncio del futuro: los procesos de cancelación apuran los indicios fundadores de una nueva era cultural. El Ateneo capta —y exhibe— esta contradicción; el proyecto es claro: ir a la Antigüedad para fundar el futuro. Es preciso, entonces, establecer el puente que una estos extremos; la tarea civilizatoria de los ateneístas consiste en construir esa mediación. Los ateneístas reviven la filosofía platónico-aristotélica bajo formas inusitadas: el diálogo con Platón y la pregunta por el origen a la metafísica aristotélica implican someter la teoría clásica a “un proceso de reverberación”,³² un poner a prueba, probarlo, pero no sólo en la

acepción sensorial gustativa sino también en la validación de su alcance.

En el discurso del Ateneo no se repite el registro grecolatino, se dialoga con él, se le hace entrar en un juego especulativo en el que decir lo ya dicho supone un “hacer decir”. En apariencia se trata de una duplicación; la insistencia, empero, repetición de la repetición, renueva lo cifrado en la filosofía clásica. La expresión ensayística es la reelaboración del texto filosófico, de tal manera que el ensayo no repite (solamente) una construcción reflexiva preformada: la re-crea. La relación que guardan los poemas gongorinos de largo aliento con el mito, con la Catedral de Toledo o con las construcciones clásicas es semejante a la del ensayo ateneísta con las obras de los filósofos griegos. El rasgo diferencial del Ateneo con el arte barroco es el orden con que se presenta la forma y la razón de fondo: en la literatura barroca, por ejemplo, la manifestación poética (forma) antecede su lectura sociohistórica (razón de fondo); la generación del Ateneo, en cambio, comienza una lectura del momento plantado en la Antigüedad clásica (razón de fondo) y encuentra en el ensayo la expresión de ese diálogo de mestizaje cultural (forma). Para que la sucesión de lo mismo con lo otro fuera legible, había que otorgarle una forma que los ateneístas encontraron en el ensayo. Ésta es la razón por la que el Ateneo de la Juventud se plantea como una *episteme* más que como una escuela artística.

A partir de 1913 varios de los ateneístas salieron del país, ya por decisión personal, como Alfonso Reyes y, posteriormente, Pedro Henríquez Ureña, ya porque formaron parte de la reacción mexicana, como Luis G. Urbina y el doctor Atl.³³ Los destinos de cada uno de los miembros del Ateneo discurrieron por su propio camino durante el huertismo y el carrancismo. Una vez pasados los sobresaltos políticos, epígonos de la Revolución, el ambiente cultural comenzó a normalizarse y, a partir de 1920, los años del maximato, y en años consecutivos, regresaron algunos de los ateneístas que se encontraban en el extranjero. El papel

Bibliografía

- BARREDA, Gabino “Oración cívica”, en *El positivismo en México*, UNAM, México, 2005 (Biblioteca del estudiante universitario, 140).
- CASO, Antonio, *Antología filosófica*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1957 (Biblioteca del estudiante universitario, 80).
- DÍAZ ARCINIEGA, Víctor (comp.), *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, Casa abierta al tiempo/ FCE, México, 1990.
- ECHVERRÍA, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, Era/ UNAM, México, 1998.
- ESCALANTE, Evodio “Homonoia. La utopía cosmopolita de Alfonso Reyes”, en *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, Adela Pineda Franco e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.), Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, 2004 (Serie Críticas).
- FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, Ariel, Barcelona, 2004, 3a reimpresión.
- LANDA, Josu, *La idea de Universidad de Justo Sierra*, México, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, 1998 (Seminarios).
- LIZASO, Félix, “Salutación a Alfonso Reyes”, en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, Dirección General de Difusión Cultural-UNAM, México, 1956.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, México, 1992.
- RAMOS, Samuel, *Obras completas II. Hacia un nuevo humanismo. Veinte años de educación en México. Historia de la filosofía en México*, México, UNAM, 1990, segunda edición primera reimpresión.
- RAMÍREZ RANCAÑO, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 2002.
- REYES, ALFONSO, “Pasado inmediato”, en *La X en la frente*, UNAM, México, 1993.

que jugarían algunos de los miembros del Ateneo se dejó sentir en la vida educativa y cultural de México, según puede verse en un somero recuento: a) cuatro miembros fueron rectores de esta casa de estudios: Antonio Caso, José Vasconcelos, Mariano Silva y Aceves y Genaro Fernández Mac Gregor; b) José Vasconcelos fue Secretario de Educación Pública; c) Alfonso Reyes fue presidente de la Casa de España en México, posteriormente El Colegio de México. El estudio de las humanidades con carácter profesional, el cosmopolitismo de los Contemporáneos y la visión crítica hacia el tema de lo mexicano en grupos como Hiperión o por narradores de la novela de la Revolución son herencia del Ateneo de la Juventud, que sentó las bases de la *episteme* moderna en México.

Notas

1. José Luis Martínez, *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, p. 15.
2. Véase Margarita Vera Cuspinera, “Los ateneístas, críticos de su tiempo”, en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, p. 13.
3. J. Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*.
4. La caracterización que Bolívar Echeverría hace de los tres primeros *ethos* puede sintetizarse de la siguiente manera: a) el realista, que no sólo acepta como inevitable y natural el desarrollo del capitalismo, sino que milita en sus filas, pues se asume que la acumulación de la riqueza es una forma natural de la organización; la contradicción entre la vida de los individuos y los requerimientos del capitalismo se diluye; en la medida en que se afirma el sistema del capital, la vida se inserta en él y adquiere valor de uso; b) el romántico es también militante; la diferencia estriba en que el valor del mundo de la vida demerita el valor de uso generado por el capitalismo; no borra la contradicción, sólo la trastoca; lo que pudiera tener de bueno el capitalismo es visto por el *ethos* romántico como una perversión: el valor de uso de las cosas es sustituido por el valor de la vida; c) el clásico ve en el capitalismo la inevitabilidad; bien que es considerado como un momento de “una necesidad trascendente”; la existencia ha de afirmarse más allá de la corrupción de lo dado por el sistema de producción; se comprende como una forma trágica de vivir la historia. Véase Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, pp. 38-39. El positivismo comparte algunas de las características del *ethos* realista, mientras que el modernismo, pese a que en su origen, es una reacción contra el romanticismo, comparte con éste cierto aire de familia, y puede considerárselo como un comportamiento comparable al *ethos* romántico.

5. *Vid Id.*
6. *Ibid.*, p. 58.
7. *Ibid.*, p. 46.
8. Gabino Barreda, “Oración cívica”, en *El positivismo en México*, p. 3.
9. *Ibid.*, p. 6.
10. *Apud* Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México*, p. 207.
11. *Apud* Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, p. 47.
12. *Ibid.*, p. 48.
13. *Ibid.*, p. 49.
14. Antonio Caso, *apud* Abelardo Villegas, *op. cit.*, p. 49.
15. Bolívar Echeverría, *ci*, p. 45.
16. *Ibid.*, p. 93.
17. *Ibid.*, p. 86.
18. Félix Lizaso, “Salutación a Alfonso Reyes”, en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, p. 213.
19. Alfonso Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Última Tule*, p. 82.
20. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, p. 206.
21. Ignacio M. Sánchez Prado, *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*, p. 154.
22. Antonio Caso, “El bovarismo nacional”, en *Antología filosófica*, p. 205.
23. Bolívar Echeverría, *op. cit.*, p. 83.
24. Antonio Caso, “Problemas nacionales”, en *Antología filosófica*, pp. 210-211.
25. Ignacio M. Sánchez Prado, *op. cit.*, p. 153.
26. Víctor Díaz Arciniega, “Presentación”, en *Voces para un retrato*, p. 7.
27. Samuel Ramos, *op. cit.*, p. 209.
28. Bolívar Echeverría, *op. cit.*, p. 104.
29. Josu Landa, *La idea de Universidad de Justo Sierra*, p. 49.
30. Alfonso Reyes, “Discurso por Virgilio”, *op. cit.*, p. 164.
31. Evodio Escalante, “Homonoia. La utopía cosmopolita de Alfonso Reyes”, en *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, p. 166.
32. *Ibid.*, p. 45.
33. Ramírez Rancaño, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución*, p. 118 *et passim*.

———, *Última Tule. Tentativas y orientaciones. No hay tal lugar en Obras completas de Alfonso Reyes*, Tomo XI, FCE, México, 1997.

SÁNCHEZ PRADO, Ignacio, *Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)*, en *Purdue Studies in Romance Literatures* 47, Purdue University Press, West Lafayette, 2009.

VERA CUSPINERA, Margarita, “Los ateneístas, críticos de su tiempo” en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, FFyL-UNAM, 1981.